


DE LAS RELACIONES

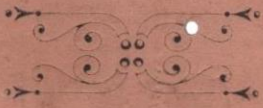
BIBLIOTHEQUE
N° 2436
KIEFFER MARCHAND

ENTRE LA CIENCIA Y LA FE



Conferencia dada en la Iglesia de San Carlos,
el día 19 de Marzo, fiesta de San José,
por el R. P. Ph. Kieffer, O. S. E., Director del Seminario
francés de Roma, etc., etc.

(Tomada de la "Revista Universitaria")



LIMA

Imp. y Encuadernación "La Progresista"

DE ERNESTO R. VILLARÁN
Calle de Plumereros, 367

1910

De las relaciones entre la Ciencia y la Fe.

CONFERENCIA DADA POR EL PADRE PH. KIEFFER, DE LA CONGREGACIÓN DEL SANTO ESPÍRITU, DIRECTOR DEL SEMINARIO FRANCÉS DE ROMA, DOCTOR DE LA UNIVERSIDAD GREGORIANA DE ROMA, LICENCIADO EN LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS, ANTIGUO CATEDRÁTICO DE ARQUEOLOGÍA ROMANA Y DE HISTORIA CRÍTICA DE LA ANTIGUA IGLESIA EN EL SEMINARIO FRANCÉS DE ROMA, ETC., ETC., EN LA IGLESIA DE SAN CARLOS DE LA UNIVERSIDAD DE LIMA, DEDICADA Á SAN ANTONIO ABAD, EL DÍA 19 DE MARZO DE 1910, FIESTA DE SAN JOSÉ, PATRÓN DE LA REPÚBLICA.

(Traducción del francés)

Mis queridos Hermanos:

Esta iglesia, en cuya nave veo reunido al más antiguo y más ilustre centro universitario del Perú, exhibe en su fachada la estatua de un monje egipcio quien, entre las ruinas memorables de la civilización de los Faraones y de los Tolomeos, confesó públicamente no conocer otra ciencia que la de Jesu-Cristo, y la de Jesu-Cristo crucificado. Vengo á presentaros hoy en esta fiesta de San José, el ejemplo de otro santo, extraño también al saber de este mundo, y á tal punto que los adversarios de Cristo, no pudiendo negar la ciencia y la sabiduría del divino Predicador del Evangelio, creían anonadarlo recordando la humilde condición del que había cuidado de su niñez. «¿No es éste, decían, el hijo del carpintero José?»

Este contraste, lejos de parecerme un obstáculo en la tan honrosa tarea que debo llenar ante vosotros, creo al contrario que es una manera de entrar en materia muy oportuna, considerando, Hermanos míos, que sois de aquellos que no juzgan por las apariencias y que no estudian las cuestiones por su lado superficial. Nos agrada ir al fondo; y nada ayuda más á penetrar en lo profundo de una cuestión que el mirarla de frente y formularla en términos clarísimos.

La cuestión en frente á la cual nos encontramos, es la siguiente. ¿Cómo en San José la fe ha podido ser tan grande, tan admirable, tan digna de ser puesta como modelo, estando acompañada de una ciencia tan pequeña? Y en general, ¿de qué manera es la fe independiente de la ciencia? Es, lo véis, una parte de la cuestión muy interesante, de las relaciones entre la ciencia y la fe, pero demasiado vasta para ser tratada enteramente en una sola conferencia.

Que la fe es independiente de la ciencia parece, Hermanos míos, que no tendría yo necesidad de demostrarlo, desde que cierta escuela ha abusado extremadamente de esta independencia, sea para negar toda relación entre una y otra, sea hasta para pretender, en nombre de la ciencia, suprimir la fe. Cuando hablo de la independencia de la fe y de la ciencia, no lo entiendo á la manera de la escuela agnóstica contemporánea, que ha pensado eliminar todo conflicto entre ambas declarándolas incapaces de encontrarse en el mismo camino, la ciencia marchando en lo cognoscible y la fe en lo incognoscible. El error de esos filósofos proviene de una confusión entre el objeto de la fe, que en parte puede ser incognoscible, ó mejor dicho, incomprensible y los fundamentos de la fe que son verdades filosóficas ó históricas tan cognoscibles como las de cualquiera otra ciencia. Cuando Dios habla — esto es el objeto de nuestra fe — podemos quién sabe no comprender; pero para que nuestra fe sea racional, es necesario que pudiéramos saber si Dios ha hablado — este es el fundamento de nuestra fe: y esto, podemos, debemos estar en aptitud de conocerlo siempre.

En vano se objetará que el fundamento de nuestra fe, el hecho de la revelación divina, supone el milagro, que nos arroja en lo incognoscible. El milagro, Hermanos míos, puede llamársele incognoscible en su naturaleza íntima, si se quiere:

aunque no sea de esa opinión, no la discuto aquí; basta que el milagro, en su manifestación, sea un hecho que cae bajo los sentidos y, por lo tanto, está sometido á todas las reglas de la crítica histórica, para que aquí encuentre de nuevo, á la fe, en su fundamento, tan cognosible como la ciencia.

No es pues en razón de que la fe y la ciencia no puedan encontrarse por lo que sean independientes una de otra. Pero se las puede declarar independientes desde otro punto de vista que es el único en que me coloco aquí: en este sentido es que la fe puede existir, y de hecho existe á menudo muy grande, sin estar acompañada de una ciencia igual; lo vemos en San Antonio y en San José. Por el contrario, vemos también existir la ciencia sin la fe. Me abstengo, en este momento, de calificarla. Se trata de exponerla ante todo; la explicaremos en seguida, y veremos si resulta una conclusión práctica para nosotros.

I

Hay en la fe dos cosas, ó para hablar con exactitud, la fe es una cosa, y la preparación á la fe es otra que es preciso distinguir con cuidado.

Tenemos ejemplos. Bossuet, Pascal, Descartes, poseían la fe; San José la poseyó también; la pobre mujer que conmigo entró no ha mucho á la iglesia, el niño que la acompañaba, la tienen igualmente. En todos se presenta el mismo acto de fe: pues ¡cuán diferente es la preparación á la fe en unos y en otros! Uno se ha encaminado á la fe por la plenitud de los conocimientos sagrados y profanos de su época: el otro ha comenzado su camino por la metafísica aplicada á la psicología y la ha perseguido con el rigor de la geometría puesta al servicio de la lógica; San José, ha conocido las Escrituras y ha gozado de visiones angélicas; la mujer del pueblo no ha oído sino las tradiciones de sus antepasados y las enseñanzas de su párroco: el niño se lleva sencillamente de las afirmaciones de su madre..... ¡Cuántas preparaciones diferentes, Hermanos míos, y cuántos caminos distintos para llegar al mismo fin, que es la fe!

El hecho es pues evidente: el sabio y el ignorante poseen la fe. Pero hé aquí la dificultad que se presenta y que es necesario apartar en seguida. En el camino de la fe vemos marchar un pequeño número de sabios y un gran número de ignorantes: se diría que ese camino es tanto menos frecuentado cuanto más se traza en regiones mejor cultivadas y cuanto más se embaraza de mayor ciencia en su curso. Llegamos de esa manera, no ya solamente á declarar que la fe, es independiente de la ciencia, sino también, á preguntarnos si la ciencia no es opuesta á la fe, si la ciencia no es el obstáculo arrojado al través del camino de la fe para impedirnos llegar á la meta.

Precisamente de esa manera es cómo lo entienden ciertos pensadores superficiales y ciertos burlones de propósito preconcebido, hábiles en desfigurar las cuestiones, como aquellos dibujantes que vemos cada semana deformatar las facciones de nuestros hombres de estado para presentarlos en divertidas caricaturas. La realidad es un poco diferente: importa ver lo que nos dice.

Que la ciencia nos alarga el camino hacia la fe, eso es incontestable. Se encuentra allí, como en todo camino un poco largo, subidas penosas, vueltas desconcertantes, rayos de luz pronto seguidos de sombra..... Pero eso nada tiene que ver con la fe, ni con la ciencia: eso proviene meramente de la naturaleza de nuestro espíritu, el cual en todas sus indagaciones, está condenado á las vacilaciones, á las dudas, á las retiradas, á las etapas ya satisfactorias, ya entristecidas por el fracaso, y que á medida que adelanta, ve sus senderos ramificarse, cruzarse con otros senderos, al punto de no saber á menudo en qué dirección encontrar la meta que se ha propuesto al ponerse en camino. Así debe convenirse, sin vacilar, que el camino de la ciencia, para llegar á la fe, es largo, penoso, y á veces peligroso. Y en este sentido es que, sin quitar nada á nuestra estimación por la ciencia, pues colocando sobre ella el conocimiento y la prosecución de nuestros destinos eternos, podemos proclamar felices á hombres que, como San José, han llegado al mismo fin por un camino más fácil y más seguro.

Este camino fácil y seguro es el de la muchedumbre, es decir, del mayor número, y, probablemente, así será siempre.

Dios es demasiado bueno para no llamar á la fe sino á los felices, á los sabios, á los ilustrados superiores de este mundo; y es demasiado grande para encontrarse deshonorado con la fe de los sencillos; para creerse obligado, cuando los llaman á la fe, á darles la facilidad, el buen gusto, los modales distinguidos de la Academia. Sé bien que se nos predica en nombre del principio de la evolución, que ha de llegar un día en que todos los hombres poseerán la ciencia, en que la ciencia del artesano será igual á la del profesor. Encuentro moderados á quienes publican tan hermosas noticias.

Podrían afirmar en nombre del mismo principio y con el mismo fundamento que llegará un día en que los hombres nacerán sabios en el mundo. Estoy obligado á confesar, que ante esas profecías mi fe es débil: tuviera yo la de San José, y creería que no me bastaría. Y quien sabe el contemplar esos profetas tan fervientes en su fé, suministra con ello una nueva prueba de que la fe es muy independiente de la ciencia.....

No, hermanos míos, la igualdad de todos en la fortuna es una utopia. ya se trate de los bienes espirituales ó de los corporales. Dios nos ha dado aquí en la tierra, un sendero distinto que seguir á fin de que la diversidad de los servicios recibidos y prestados se convierta en la gran fraternidad humana y en el incesante progreso que ciertos sociólogos modernos creen haber inventado y casi creado por entero, y que nosotros, cristianos, encontramos inscritos en todas las páginas de la Biblia y del Evangelio. ¿No es esta fraternidad, no es este progreso el que Jesús predicaba al pueblo cuando exclamaba: *Misericor super turbam*, tengo compasión de la multitud, y que multiplicaba á la vez el pan que alimenta el cuerpo, y la palabra Dios que eleva el alma. (Marc. X, 14) — ¿No son los pobres, los humildes, los pequeños á quienes ha buscado y amado siempre, y no son los príncipes, los sabios, los sacerdotes, los escribas y los fariseos quienes le dieron la cruz? «Dejad que vengan á mí los niños, *sicute parvulos ad me venire, et ne prohibueritis eos: talum est cuim regnum Dei*, porque de ellos es el reino de los cielos. (Marc. X, 14)!

Habrà siempre en este mundo algunos poderosos y habrá muchos débiles; habrá algunos sabios y habrá ignorantes; habrá algunos académicos y habrá muchos carpinteros.

A los unos y á los otros Dios pide la fe. ¿Qué conclusión debemos sacar de esto, Hermanos míos, sino lo que decía al principio, que la fe es independiente de la ciencia, pero que esta independencia no la hace menos estimable, y que, en resumen, con tal que cada una tienda á ella por el sendero en cuyo comienzo se ha encontrado colocado á su venida á este mundo, debe poder descansar al terminar, es decir, poseer la fe y por ella realizar sus destinos eternos.

II

Lo que acabamos de ver que es posible, normal, necesario ¿de qué manera podríamos explicarlo? ¿De dónde resulta que dos hombres que poseen una ciencia igual pueden uno tener la fe y otro estar completamente privado de ella; ó por un fenómeno inverso, de dónde resulta que dos hombres igualmente creyentes puede ser el uno sabio y el otro ignorante? ¿Si la fe no depende de la ciencia?, de qué depende entonces? Depende, Hermanos míos, de dos cosas, que están una en la inteligencia, otra en la voluntad.

En la inteligencia, la condición de que depende la fe, es cierto equilibrio entre la preparación á la fe de un individuo y su grado de instrucción general. Me explicaré.

El niño tiene una cultura intelectual general casi nula. De manera que no iríamos á estorbar su preparación á la fe con explicaciones ó comentarios. La afirmación de sus padres basta. El adolescente que sabe leer y escribir, recibirá provechosamente algún corto desarrollo de la doctrina, algunas sobrias explicaciones, pero nada de demostraciones: todavía no es capaz. Más tarde tendrá la demostración; y á medida que su instrucción general se desarrolle, cuantos conocimientos nuevos estén, por decirlo así, en contacto con su fe, serán nuevos progresos en su educación religiosa: conciliaciones de aparentes antinomias, explicaciones de puntos oscuros, síntesis con otras verdades constatadas ya, y así en seguida.

¿No es evidente, Hermanos míos, que este equilibrio entre la preparación á la fe del sujeto y su instrucción general debe ser mantenido así, si no queremos constituir á la fe en un

estado de injusta inferioridad con respecto á la ciencia? Romper este equilibrio, desarrollar la ciencia sin desarrollar en la misma proporción la preparación á la fe, ¿no es cierto que sería una operación ilógica, y de consiguiente anticientífica que, en lugar de hacer de la ciencia el auxiliar ó por lo menos el compañero simpático de la fe, la convertiría casi necesariamente en su irreconciliable enemigo? Y esto es lo que mucho olvidan los que pretenden constantemente, con celo muy loable pero exclusivo en demasía, desarrollar la instrucción del pueblo, y que no piensan que constituye un deber suyo desarrollar en la misma proporción la preparación á la fe; en otros términos, de promover la enseñanza del catecismo, la asistencia á los sermones, la lectura de buenos libros, so pena de arruinar la fe de los humildes creándole conflictos con la ciencia para los cuales no está armada.

¿Qué decir, entonces, del crimen de los que, no solamente no tratan de evitar esos conflictos, ó que, creyéndolos inevitables, no piensan en intervenir en ellos como mediadores y pacificadores, sino que al contrario los provocan colocándolos con propósito deliberado en un terreno en que la fe del pueblo es impotente para luchar con armas iguales? Periodistas, sofistas, literatos, gentes de pluma de todo color y de toda extensión de alas, olvidan lo que dijo el poeta:

Maxima debetur puero reverentia, (débese á los pequeños el mayor respeto), y lo que Jesu-Cristo dijo con más fuerza todavía: *Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus et demergatur in profundum maris* (si alguno escandaliza á uno de esos pequeños que creen en mí, valdría más que se le hubiese colgado del cuello una rueda de molino y que se le hubiese precipitado en el fondo del mar (Math. XVIII, 6).

Pensad en esto, vosotros por lo menos, Hermanos míos, vosotros los sabios, vosotros los maestros, vosotros los guías del pueblo. Trabajad, buscad, excavad, subid á las alturas celestes, descended en las entrañas de la tierra, hundíos en la noche de los siglos pasados; pero cuando volváis, trayendo en vuestras manos victoriosas un jirón de verdad que hayáis felizmente arrancado á la eterna Esfinge de la ciencia, ah! guardaos de enarbolarlo como una bandera de emancipación

del yugo de la fe. La bandera de la verdad puede faltar tan arrogantemente sobre el campo de la fe como sobre el de la ciencia. Si á veces el tránsito de uno de esos campos al otro os parece difícil, escarpado, excavado en precipicio, infranqueable, no lo atribuyáis ni á la fe ni á la ciencia. Acontece únicamente esto: que en ese caso la preparación á la fe no ha echado todavía puente de una ribera á la otra, como lo ha hecho en mil otros parajes, donde los más grandes genios han podido pasar con comodidad. O bien, decid que ese puente existe, pero que absorbidos por otras tareas, no habéis tenido todavía la facilidad de encontrarlo.

III

Acabo de hablar de las dificultades, de una especie de ausencia de puente, que el sabio puede encontrar en el camino que va de la ciencia á la fe. Esas dificultades no son particulares al sabio de una manera absoluta; todo hombre en ciertas horas puede encontrarse en frente de ellas. Cada vez que se presenta ¿la fe sería por tanto imposible? El equilibrio de que hemos hablado entre la preparación á la fe y la ciencia del individuo está roto; felizmente hay un medio de restablecerlo. Y entonces es cuando interviene el segundo elemento de la fe que anuncié hace poco, la voluntad.

Puede parecer asombroso, á primera vista, que se trate de voluntad en el acto de fe, que depende ante todo, que parece debe depender exclusivamente, de la inteligencia. Y sin embargo, Hermanos míos, si fijamos nuestra atención, observaremos inmediatamente que la voluntad no podría estar completamente excluida de la fe. La fe es una virtud, es decir, un acto humano loable, y no existe nada loable ó vituperable en nosotros sino lo que procede del libre arbitrio, en otros términos, de la voluntad. La inteligencia no es una facultad libre. Proponed á la inteligencia esta verdad: dos y dos son cuatro, y ella no tiene libertad para decir nó. Está violentado por todas las verdades matemáticas, metafísicas, ó de otro modo evidentes.

De consiguiente, no es á las verdades matemáticas, ni á una certidumbre metafísica, á donde nos conduce la prepara-

ción á la fe. Esta nos lleva á una certidumbre moral, á aun certidumbre histórica, en que no siendo la inteligencia arrastrada fatalmente, queda á la voluntad un papel que desempeñar. ¿Ha hablado Dios? ¿Jesu-Cristo es Dios? ¿Ha demostrado él su misión divina por milagro, principalmente por el de la resurrección? ¿Posee el cristianismo los caracteres de una institución divina? Hé allí en lo que se ocupa la preparación á la fe. Cuando esta ha contestado sí á esas preguntas, entonces únicamente varía el acto de fe que apoyado sobre la infalibilidad trascendente de Dios revelador, arrastra el asentimiento lógico de la inteligencia: asentimiento necesario hasta cierto punto, puesto que es lógico, es decir exigido por la recta razón; pero al mismo tiempo libre, puesto que ha arrancado de premisas en que la voluntad ha tenido su parte debida.

Vamos ahora á comprender cómo gracias al papel de la voluntad, el equilibrio entre la fe y la ciencia puede restablecerse, cuando se ha roto momentáneamente.

Una observación, ante todo. Hablando del papel de la inteligencia y de la voluntad en el acto de fe, debería decir una palabra de la gracia de que aquellas facultades, según la doctrina católica, tienen necesidad, la una para ver lo verdadero, la otra para abrazar un acto sobrenaturalmente meritorio. Omito esta parte de la cuestión, suponiéndola suficientemente conocida por vosotros; y no teniendo necesidad de ella para mi demostración.

Volvamos sobre lo que hemos dicho de la preparación á la fe. Esta es, lo hemos visto, el intermediario entre la ciencia y la fe. Como intermediario, participa de la naturaleza de una y otra: de la ciencia, de donde toma su punto de partida, de la fe á dónde ella acaba. Pero si miramos de cerca, participa más de la ciencia que de la fe, y esto es natural: participamos más de las regiones de donde partimos que de aquellas á dónde vamos. Estas últimas son el ideal, la esperanza; aquellas, son nuestra fortuna actual, nuestros medios de ataque y defensa, nuestras facilidades para viajar. De consiguiente, la preparación á la fe debe clasificarse más bien en la categoría de las ciencias. De las ciencias toma su método, sus principios, sus leyes. Allí encontramos la filosofía subjetiva y objetiva, la síntesis histórica, la elección de las fune-

tes, la crítica de los textos, la discusión de los problemas, una multitud de cosas análogas, exactamente lo mismo que encontramos en las otras ramas de estudios á los que damos el nombre de ciencias. Como toda ciencia, tiene diferentes grados, desde el catecismo que es, si lo deseáis, su gramática elemental, hasta la apologética, la crítica bíblica, la exégesis, la hermenéutica, la teología escolástica, que están en la relación con el catecismo como la relación en que la analogía, por ejemplo, de vuestras gramáticas españolas lo está con la historia del idioma ó la lingüística comparada.

Podría ahora, Hermanos míos, presentaros á esa ciencia ocupando un lugar honorable entre las demás; reclamar aun para ella el lugar de honor, puesto que, en suma, ella es, y sólo ella, la que nos instruye en lo único necesario: en el conocimiento de Dios y de nosotros mismos, en el valor exacto de la vida y la cuenta que tendremos que rendir un día, á Aquel de quien recibimos todo. Pero no voy hasta allá, no tengo necesidad de ir hasta ese punto. Tomemos únicamente la ciencia religiosa como una ciencia ordinaria: y lo que os pido, lo que reclamo para ella de vuestra voluntad, es que le concedáis, ni más ni menos, las mismas consideraciones que á todas las demás ciencias.

¿Qué hacéis cuando tratáis las demás ciencias? Si las conocéis y encontráis allí una dificultad — cosa que sucede, aun en las ciencias que poseemos — no culpáis de ello á la ciencia, sino únicamente al grado de adelanto de nuestros estudios. Os decís: estudiaré más; llegaré, ú otros. después que yo, llegarán á comprender. Lejos de rechazar, por esa dificultad, los principios ciertos que poseís ya, os unís á ellos más, como el viajero que, en el momento de poner el pie en el vacío, se apoya más en el terreno firme en donde tomó su punto de partida. ¿Por qué, Hermanos míos, no haríais otro tanto para la ciencia de la religión? Tiene ésta sus dificultades, sus puntos oscuros, sus partes, me atrevo á decirlo, por lo menos en apariencia, débiles. Pero ¿en qué difiere, por esto, de otras ciencias? ¿No tiene también sus partes sólidas, sus claridades fulgurantes, sus bellezas incomparables? En lugar de olvidar esto para condenar aquello ¿por qué no haríais lo que hacéis respecto de otras ciencias, por qué no os serviríais de esto para comprender mejor aquello?

Otra cosa. En la serie de las ciencias hay algunas que habéis estudiado poco ó nada. Ningún hombre es universal. Alejandro de Humboldt, uno de los genios, sino de los más grandes, por lo menos de los más universales que la ciencia haya inscrito en sus anales, no escriba una línea de francés sin hacérsela corregir por un buen escritor de Francia. Esta es el distintivo de un espíritu firme en saber reconocer, sin embarazo, las lagunas y los lados débiles de sus conocimientos; y esto es lo que hacéis, Hermanos míos, cada vez que os encontráis en presencia de una ciencia que ha tenido reducido lugar en el curso de vuestros estudios. Avanzáis allí con circunspección, habláis con reserva, no teneis inconveniente en referiros, para los datos que os presenta, á las conclusiones de los especialistas que la han estudiado á fondo. ¿Por qué, una vez más, no haríais otro tanto en favor de la ciencia de la religión? Esta ciencia que todos convienen, aun exagerando á veces, ea encontrar larga y difícil ¿sería entonces la única que se poseería como al nacer y sin ningún esfuerzo, de la cual se discutirían sus afirmaciones sin conocer sus pruebas, de la que se rechazarían sus conclusiones sin poner atención en los principios sobre las que las funda? Este es sin embargo el error, el deplorable error, permitidme calificarlo así, que cometen diariamente una multitud de sabios.

En lugar de decirse: qué cosa es un sabio? es un hombre que posee una, dos, tres ciencias y que ignora un gran número de otras,—olvidan que entre las ciencias que ignoran existe la de la religión, y dicen: un sabio es un hombre que posee la ciencia, — y, en nombre de la ciencia, rechazan la fe. Hermanos míos, la ciencia no existe, no hay más que ciencias y, entre ellas, la ciencia de Dios y de nuestra marcha hacia Dios. Estudiemos esta ciencia si lo podemos. Que si no lo podemos ó no lo queremos, en hora buena: entonces, tengamos la voluntad bastante recta para confesarlo, y aceptemos sus conclusiones de la boca de quienes la han estudiado en lugar nuestro. Este es el acto más justo y al mismo tiempo el más científico que pudiéramos realizar.

Renan, que había sido educado en la fe, habla con una admiración tal vez un poco afectada, de los maestros católicos á cuyo lado, dice, había aprendido lo que poseía como mejor en su ciencia. Solamente, agrega con tonillo de com-

pasión, esos hombres tenían un tabique entre su ciencia y su fe, de manera que ésta no podía ser jamás alcanzada por la luz de aquella. La compasión de Renan partía de una buena intención, sin duda, pero sus maestros podían devolvérsela, pues de ninguna importancia les era. Era él quien merecía su compasión. El tabique divisorio existía en efecto en el espíritu de los sulpicianos, porque, hombres de carácter, tenían el juicio suficientemente recto y la voluntad suficientemente firme para no permitir que una ciencia rudimentaria del hebreo y que chicanas sobre textos antiguos de dieciocho siglos usurpasen terreno del dominio de la fe. porque comprendían que sus trabajos de especialistas los obligaban á dejar á otros el cuidado de realizar trabajos de razón necesarios entre ciertas ciencias y la fe. Si la fe de Renan naufragó allí donde la fe de sus maestros pudo bogar con velas desplegadas, es que precisamente, en él el tabique no estaba bastante fijo. Su voluntad demasiado débil, barquillo sin consistencia, acribillado por todas partes, abierto á la inundación de todas las olas, perdiendo el equilibrio entre las infiltraciones de ciencia y de semidosis de fe, su voluntad, digo, demasiado débil, debía fatalmente conducirlo al naufragio.

No es porque yo quiera aquí, Hermanos míos, preconizar la doctrina del tabique fijo entre la ciencia y la fe. Si yo hablo de ella, es como de una medida de razón, de un expediente, si queréis, al cual el sabio puede y debe recurrir, si no siente el deseo de extender su preparación á la fe en la misma medida que el resto de su ciencia. Este es el caso de un gran número. Pero hay algunos que obran mejor, que tienen la pasión más alta, que quieren saber la última palabra del problema de su existencia, y que, sabiendo que Jesu-Cristo ha venido á hablarnos un poco de eso, gustan leer el Evangelio y estudiar las bases sobre las cuales el Evangelio descansa. He conocido en París al ilustre Branly, al deplorado de Lapperent,—hombres á quienes se elevarían estatuas y de quienes la prensa cosmopolita entonarí­a sus alabanzas si hubiesen consentido en orientar su ciencia hacia las regiones oficiales donde sopla el viento que hace las celebridades del día. Han preferido conservarse libres y arrogantes, extendiendo cada día el dominio de la ciencia, y cada día también

uniendo su ciencia y su fe por lazos nuevos que, lejos de ser una traba para su genio permitía á éste elevarse con vuelo más seguro y contemplar el mundo de más alto.

IV

Parece Hermanos míos, que no os hubiese hablado de San Joeé; y sin embargo, — acaso me he equivocado? — creo que no os he hablado sino de él. La pregunta que habíamos hecho al principio de esta plática, era esta; ¿cómo, en San José ha sido la fe tan grande con una ciencia tan pequeña? Hemos visto que la fe y la ciencia, en su desarrollo, son distintas una de otra, que esta puede existir sin aquella, que entre ambas interviene como conciliadora y lazo de unión lo que hemos llamado preparación á la fe. Esto, hemos dicho, debe estar proporcionada al grado de cultura intelectual del individuo; y cuando por un motivo ú otro, la proporción falta, debe estar compensada por un acto de voluntad bastante ponderado, consistente en llevar entre la fe y la ciencia una barrera de razón que, sin embargo de permitir á la conciencia evolucionar libremente, deje intacto el santuario de la fe.

Todo esto se realizó en San José, es superfluo que lo diga. Su preparación á la fe fué la de un obrero, pero la de un obrero llamado por Dios á grandes designios. Conoció, también las horas difíciles de la fe, palpó sus tinieblas, Si las dificultades no le vinieron de la ciencia, á la manera como entendemos estrictamente esa palabra, no le faltaron, como no le faltan á ningún hombre en la vida. Sabía que Dios se había encarnado en Nazareth, que el Eterno, el Todopoderoso, el Infinito había descendido hasta él? Un niño envuelto en pañales en un establo; un fugitivo escondiéndose en Egipto: un aprendiz trabajando en un taller. A menudo no comprendía.

No importa: creía. Había visto, como dice San Juan, y creía en el amor de Dios para con los hombres; *nos cognovimus et credidimus charitate quam habet Deus in nobis* (I Jo., IV, 16). En la irradiación de ese amor que había comprendido, en esa visión inicial, todo lo demás, la debilidad, la pobreza, los sufrimientos del Hombre-Dios le parecían acepta-

bles, — qué digo? le parecían dignos de ser admirados y amados en un Dios. Lo que había comprendido le hacía admitir lo que no comprendía. Un Dios que ama no puede amar sino de una manera infinita, incomprensible, desconcertante para la razón humana.

Y creía, y su fe ha triunfado. Helo allí en nuestros altares. Los pastores y los reyes se inclinan ante él, como los veía inclinarse ante el Niño recién nacido de Bethleem. Y en algunos días más, cuando la Iglesia haya depuesto su duelo de la Cuaresma y de la Pasión, veremos la imagen de San José, con la de Cristo resucitado, resplandecer, con la corona real en la frente, para enseñaros que hoy, como hace veinte siglos, lo que triunfa del mundo es nuestra fe: *hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra* (I Jo., V, 4).

